

Exilio y errancia en la narrativa haitiana: *Breath, Eyes, Memory*, de Edwidge Danticat¹

AURA MARINA BOADAS
Coordinadora de Extensión
Universidad Central de Venezuela

RESUMEN

Se estudia en la novela *Breath, Eyes, Memory* de Edwidge Danticat (Haití) la representación del exilio interior y del exilio físico de los personajes, mostrándose las diferentes estrategias de defensa que éstos adoptan para enfrentar el desarraigo y desgarramiento que les produce el alejarse (física o mentalmente) de la tierra natal.

Palabras clave: EXILIO, ERRANCIA, LITERATURA HAITIANA, EDWIDGE DANTICAT.

ABSTRACT

We intend to study the representation of inner exile and physical exile through the characters in *BREATH. EYES, MEMORY*, a novel by Edwidge Danticat (Haiti). It involves showing the different defense strategies adopted by them in order to confront the feeling of uprooting and tearing produced by the (physical or mental) estrangement from their homeland.

Key words: EXILE, WANDERING, HAITIAN NARRATIVE, EDWIDGE DANTICAT.

¹ La primera versión de este trabajo se presentó en el Simposio de la Asociación Venezolana de Estudios del Caribe (AVECA), realizado en la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos «Rómulo Gallegos» (CELARG), Caracas, 28 y 29 de noviembre de 2002.

El exilio es un tema que recorre innumerables textos narrativos, poéticos y ensayísticos vinculados al ámbito caribeño. En la narrativa son particularmente diversas las representaciones que se hacen de este tópico al evidenciarse en las obras una fuerte tendencia al viaje y a los desplazamientos, así como al aislamiento en la propia tierra de origen, lo que genera intensos sentimientos de desarraigo y de nostalgia.

Las representaciones del exilio que aparecen en las novelas del Caribe poseen, a nuestra manera de ver, referentes históricos muy concretos: la trata de esclavos y la llegada de esta diáspora de hombres provenientes de África para incrementar la mano de obra en las plantaciones; el cimarroneo de los esclavos; la necesidad de continuar estudios en la metrópoli; la búsqueda de nuevos horizontes para escapar de la miseria, de las tragedias naturales o de las persecuciones políticas. Finalmente, en las obras de las últimas décadas pareciera perfilarse una nueva tendencia caracterizada por personajes que viajan en busca de nuevos derroteros, impulsados por el deseo de alcanzar nuevos espacios y otras alternativas de vida, sin que medien motivaciones políticas o económicas; se trata aquí de una suerte de errancia por el mundo en busca de un espacio propio.

Esta textualización del exilio adquiere una periodización particular en la literatura haitiana, tal como lo explica Michaëlle Ascencio (2004: 23-24):

Podemos afirmar, entonces, que el viaje en las novelas escritas antes de la dictadura de los Duvalier se ha transformado en exilio en la mayoría de la novelística haitiana contemporánea. Este exilio, a su vez, se presenta como consecuencia de una penosa situación económica o como consecuencia de la puesta en marcha de las relaciones persecutorias que caracterizan el tejido social haitiano.

Así, partiendo de condiciones reales, descritas en la novela mediante un lenguaje simbólico y alusivo, que permite captar las pautas que configuran la sociedad haitiana, la narración gira más bien en torno a las posibilidades que tienen los personajes de regresar o no al país (p. 24).

Siguiendo este marco de referencia, en las próximas páginas rastreamos las marcas del exilio en la novela *Breath, Eyes, Memory* [Aliento,

ojos, memoria] de la escritora Edwidge Danticat, nacida en Haití (1969), donde vivió hasta los doce años cuando viajó a los Estados Unidos, país que la ha acogido hasta ahora.

EL EXILIO EN LA PROPIA TIERRA

En *Breath, Eyes, Memory* (1994) se narra la historia de Sophie, una joven haitiana, y de su familia más cercana: Gandmé Ifé (la abuela), Martine (la madre), Atie (la tía) y Brigitte (la hija). A través de esta saga de la familia Caco encontramos diferentes alusiones a hechos de la historia colectiva y de la vida familiar que, de una u otra manera, reconstruyen diferentes momentos del exilio caribeño.

Como decíamos al comienzo, la representación del exilio tiene una doble dimensión, una dinámica y otra que prescinde de los desplazamientos físicos para alcanzar a los individuos en su propia tierra o en cualquier lugar donde se encuentren. Esta última constituye una suerte de exilio *in situ* y afecta a numerosos personajes de la narrativa caribeña que se ven enfrentados a serios conflictos existenciales. Mireille Rosello explica esta situación con respecto a las islas de Martinica y de Guadalupe, en los siguientes términos:

[...] el exilio no es necesariamente geográfico, y los martiniqueños(as) y los guadalupeños(ñas) que permanecen en su tierra «natal» pueden perfectamente sufrir el síndrome del exilado(a): el bilingüismo que obliga siempre al sujeto hablante a situarse con relación a una lengua y a una cultura podría servir de símbolo de ese desfase perpetuo con relación a un «en casa» inaccesible (Rosello, 1992: 92-93)².

En trabajos anteriores (Boadas, 2000), hemos podido determinar algunas constantes en la representación de este exilio interior: la locura, la soledad, las acciones irreflexivas regidas por los instintos, el desdoblamiento que puede adoptar diversas facetas como el cambio

² La traducción al español de los textos en francés es nuestra. Se mantienen en cursiva las palabras y expresiones en créole.

de identidad, de creencias, de comportamiento, y el disimulo mediante el cambio de nombre y de personalidad, son algunas de sus manifestaciones.

En la novela *Breath, Eyes, Memory* (1994) encontramos algunas de las actitudes antes descritas. Particularmente, destaca cómo las mujeres de la familia Caco, protagonistas de estas páginas, han desarrollado un mecanismo de desdoblamiento para la evasión que las lleva a divagar y a dirigir sus pensamientos hacia espacios gratos de su memoria, cuando se enfrentan a situaciones de violencia, representadas fundamentalmente en esta obra por lo que se denomina la «verificación», que no es otra cosa que el tacto de las partes íntimas de las jóvenes, realizado por las madres o por quienes hacen las veces de éstas, para garantizar la virginidad y, por consiguiente, la honra de la familia. Estas acciones conllevan una gran paradoja, pues esta prevención de la deshonra está sistemáticamente deshonorando a las mujeres, quienes sufrirán por el resto de sus vidas problemas emocionales similares a los de las mujeres violadas:

Al igual que tía Atie, ella me contaba historias mientras accionaba, elaborando relatos complicados para distraer mi atención del dedo que un día, yo lo sabía, entraría entero y me condenaría. Yo había aprendido a desdoblarme mientras ella me verificaba. Con los ojos cerrados, rememoraba cosas agradables que había conocido [...] La historia de nuestro país atestigua que nuestros ancestros también sabían desdoblarse. Apegándose a la tradición vodú, un buen número de nuestros presidentes eran en realidad un cuerpo cortado en dos: mitad carne, mitad sombra. Es lo que les permitía matar y violar a tantas personas mientras luego volvían a sus casas a jugar con sus hijos y hacer el amor con sus esposas (p. 190)³.

Valgan igualmente de ejemplo de esta vida dual, las prácticas religiosas de los esclavos en las plantaciones, donde se realizaban los ritos de la religión católica impuesta, al tiempo que se guardaban profunda-

³ La traducción de los fragmentos de la novela *Breath, Eyes, Memory* es nuestra, a partir de la edición en francés: *Le cri de l'oiseau rouge*. Paris: Editions Pygmalion, 1995.

mente las creencias heredadas de los ancestros. Alusiones que también están presentes en la novela cuando se habla de Erzulie la diosa del amor: «para nosotros equivale también a la virgen María» (p. 139), o de los *marassas*, los gemelos.

Otra ilustración de la impronta del exilio en la novela que estudiamos la ofrece Martine –la madre de Sophie–, desde la perspectiva del desequilibrio mental. Tanto su exilio físico como su exilio interior se originan en la violación de la que fue objeto siendo aún una adolescente, situación que había sido precedida por la «verificación» (pseudo-violación) que regularmente ejercía su madre. A partir del infortunado encuentro, con un violador sin rostro (camuflado), estas agresiones a su intimidad se multiplicarán cada noche resquebrajando su precario equilibrio emocional:

— Las pesadillas, yo creía que se iban a borrar con la edad; pero no, es como si me violaran cada noche (p. 230).

Estas pesadillas en medio de la noche, en las que Martine forcejeaba con el fantasma de su violador, comenzaron a hacerse presentes de día, a partir de un embarazo imprevisto. Su estado, las visiones y la voz del bebé en su interior acentuaron la sensación de persecución que la embargaba. Atormentada, optó por el suicidio infligiéndose varias cuchilladas en el vientre, en una suerte de venganza hacia el producto de su sexualidad, faceta que para ella siempre constituyó «una violación».

La tía Atie, por su parte, se resigna a la soledad y al vacío que la fueron arrojando año tras año, después de prepararse para un matrimonio que nunca llegó y luego de cuidar a su sobrina (Sophie), una niña que no era suya y que un día dejó ir ante el llamado de su madre biológica (Martine).

— Te enseñan a buscar marido, retomó ella. Vienen a bajarte las bragas en plena noche, para ver si sigues intacta. Te escuchan hacer pipí, para ver si no es muy ruidoso. Si haces ruido, quiere decir que abriste las piernas. Te obligan a quemarte los dedos para aprender a cocinar. Y sin embargo, a fin de cuentas, no tienes nada (p. 168).

Atie no contradice «a los viejos» (p. 167) y sigue el dictado de las tradiciones, por eso su entrega alcanza un punto culminante cuando se niega a ir a los Estados Unidos, donde están su hermana, su sobrina y su sobrina-nieta, porque debe cuidar de su madre:

—[...] Soy la hija mayor. Mi lugar está aquí. Es a mí a quien esperan ver caminar delante del féretro de mi vieja mamá. Soy yo, quien debe estar a la cabeza del cortejo de su funeral. Pero, que me parta un rayo, igual lo voy a decir: estoy cansada. Un buen día me desperté y, yo también, me había vuelto vieja (p. 167).

Atie sale todas las noches y ahoga finalmente todas esas contradicciones en la bebida en compañía de una buena amiga, Louise, quien a su vez partirá dejándola sola, sumida en la tristeza y renegando de la gente, de la religión, del país.

Las historias de estas mujeres nos ponen ante una serie de situaciones que muestran el desfase entre el deber ser social y los deseos individuales. Tradicionalmente se les han transmitido una serie de valores (preservación de la virginidad, rol de la mujer, deberes conyugales...), cuya preservación está en completa contradicción con su libre y pleno desarrollo. Estas tensiones entre lo social y lo individual, que acosan al individuo privándolo de su libertad y llevándolo a aislarse internamente, están también en el origen de la mayoría de los viajes que se hacen en busca de otro espacio para vivir.

EL EXILIO QUE TRASPASA LAS FRONTERAS

En *Breath, Eyes, Memory* (1994/1995) se alude, en rápidas referencias, a varios hechos concretos vinculados al viaje y al exilio, conocidos de todo el colectivo haitiano: los esclavos traídos desde África en barcos para trabajar en las plantaciones durante la Colonia (pp. 15, 59); el trabajo de hoy en los cañaverales (pp. 15, 59); la ocupación norteamericana de Haití (p. 73); la opresión ejercida por los *macoutes* y la partida de los balseros, quienes se lanzan a las aguas del Caribe en busca de tierras de libertad (pp. 73, 124, 181). Como lectores no podemos

obviar una correlación que pareciera subyacer: los viajes de los barcos negreros tienen ecos en el movimiento de partida de los balseros; el trabajo en los cañaverales se reactualiza permanentemente en las siembras bajo el látigo del capataz, del norteamericano o del *macoute*.

- Quiero ir a los Estados Unidos, —dijo Luisa. Voy a tomar una balsa.
- Es muy peligroso irse en balsa.
- He oído todas las canciones. Ya ha pasado tiempo desde que nuestros ancestros se fueron hasta África, según me han dicho. El mar no tiene puerta (p. 124).
- Acuérdense cómo ellos [los norteamericanos] se comportaron en los años veinte, durante la ocupación. Trataron a nuestro pueblo como ganado. Modificaron el sistema de las sociedades *combites* para hacernos trabajar como esclavos (pp. 72-75).

La diáspora de los ancestros africanos está allí como un antecedente de la tendencia actual al exilio; la opresión de la plantación también se sigue imponiendo tras las restricciones políticas, económicas y sociales de hoy, lo que impulsa a los personajes a optar por el exilio, en términos de viaje sin retorno.

Martine, la madre de Sophie, parte a los Estados Unidos en un viaje del que no querrá regresar, a no ser para su entierro (lo que efectivamente sucederá), como una manera de escapar de los fantasmas que la acosan. El otro viaje significativo de la novela es el de Sophie, quien es llevada por su madre a los Estados Unidos, cuando tiene alrededor de diez años, permaneciendo bajo su tutela hasta los dieciocho años, cuando se emancipa mediante una maniobra que pudiera calificarse como una autoviolación, única salida para escapar de las «verificaciones» de su madre.

Como se observa, los personajes parecieran echados del terruño por una fuerza externa a sí mismos (tal como sucedió durante la trata), por lo que una vez que están en la tierra de acogida, se ven obligados a generar algunos mecanismos de adaptación. Ana Vásquez, desde una perspectiva psicológica, caracteriza estas actitudes vitales como de rechazo, encapsulamiento asimilación y alienación (1980: 141).

Por rechazo se entiende la no-aceptación de los símbolos que representan el nuevo espacio; aquí el individuo no se incorpora a la nueva realidad, permaneciendo anclado en su mundo original y al margen de lo que sucede en el país de acogida. En nuestra novela la mayoría de las marcas que representan al país y al hombre estadounidense –receptores del exilio haitiano tematizado en la novela– son negativas. La mirada de Martine sobre su entorno es de censura: las jóvenes salen desde muy jóvenes (antes de los 18 años) con los muchachos lo que es un riesgo para su reputación.

No obstante, el exilio no sólo paraliza a los personajes, también puede impulsarlos a buscar medidas de protección; por ello, si asumimos la terminología de Ana Vázquez en sus estudios sobre los efectos psicológicos del exilio (1980), podemos afirmar que en la novela la madre «encapsula» a la hija en la casa cuando le da instrucciones para que no intercambie ni el saludo con los jóvenes que cruce en la calle. Otra forma de encapsulamiento podría estar representada por la alusión permanente a las comidas criollas, pues su preparación y consumo son una manera de no perder el vínculo ni abdicar, tal como lo hace Martine, quien visitaba regularmente con su pareja restaurantes haitianos, hasta el punto de salir de la ciudad en su busca.

No encontramos en esta novela la representación de personajes íntegramente asimilados, que serían aquellos que resuelven la contradicción de tener dos sistemas de vida (el de antes de la partida y el del exilio propiamente), mediante la anulación del primero. Hay, no obstante, algunas marcas que pudieran atribuirse a la asimilación, pero no como un mecanismo de adaptación a los Estados Unidos, sino como un vestigio del proceso de colonización que se dio en las islas. Nos referimos aquí al culto de «blanqueamiento». En efecto Martine, la madre de Sophie, residente en Nueva York, compraba sistemáticamente una crema que supuestamente «aclaraba la piel». Preocupación que también encontramos en Louise, residente de La Nouvelle-Dame-Marie, en Haití, quien al conocer a la nieta de Martine, increpó a la madre de la pequeña –Sophie–, en los siguientes términos:

- Cuando estabas embarazada ¿no comiste maíz para que tu bebé se pusiera amarillo?
- Eso no se me ocurrió.
- Tenías que haber comido miel para que sus cabellos fueran suaves.
- Lo recordaré.
- ¿Entonces, para la próxima vez?
- Tal vez (p. 125).

Entendemos que este mecanismo que ha sido internalizado por Martine, como consecuencia del proceso de endorracismo que se ha dado en algunos territorios caribeños, continúe activo cuando ella se desplaza a los Estados Unidos, donde también hay diferencias y conflictos de orden racial.

Sophie, por su parte, se encuentra expuesta en la vida diaria a diversas situaciones en las que se le hace notar su condición de extranjera, en unos casos de manera racista cuando se estereotipa a los haitianos como «balseros» y «malolientes». En otros casos, se hace referencia a su diferencia, comentario que ella resiente como un fracaso de su proceso de camuflaje:

- Tienes un acento, –me dijo.
Sólo un poquito, por caridad, imploré internamente. Después de tantos años en ese país, estaba harta de que se siguiera oyendo mi acento. Quería pasar por una verdadera americana, sobre todo ante él (p. 90).

La clasificación que nos propone Ana Vázquez para sistematizar las consecuencias psicológicas del exilio incluye también la alienación, y aquí llama profundamente la atención el caso de Martine quien siendo adolescente fue violada en Haití, se fue a los Estados Unidos en busca de un mejor destino, pero continuó siendo perseguida por sus fantasmas cada noche en el país del Norte, situación que nunca fue capaz de superar y que la llevó a la muerte, pues como decíamos antes, en un raptó de locura, se quitó la vida. Aquí estamos ante un exilio no resuelto, pero sorpresivamente el espacio problematizado no es el país receptor sino el país de origen.

Al observar en detalle cómo está representado el país de origen –Haití– encontramos diversas referencias a la violencia que impera, pero más interesante aún resulta la conciencia que tienen los personajes de esta situación. Nos permitiremos hacer una larga cita con diversos fragmentos que ilustran el rechazo que producen la represión policial y la miseria.

En este país, no faltan buenas razones para que una madre abandone a sus hijos (p. 33).

Levantó la pistola y le destrozó la cabeza. Ella se derrumbó, con el rostro bañado de sangre.

La tía Atie me tomó por los hombros y me empujó rápidamente hacia el interior del aeropuerto.

— ¿Ves lo que dejas?, –me preguntó (p. 51).

— Li alle. Se acabó, –gimoteó Luisa, como sofocada por una crisis de asma y una crisis de hipo simultáneas–. Mataron a Dessalines.

— ¿Quién mató a Dessalines? –preguntó mi abuela.

— Los Macoutes

[...]

— Es por esto que debo partir, –sollozó Luisa–. Tengo que irme (p. 169).

Mi madre extendió el brazo para tomar la campanita de tela del escaquin de Brigitte, prefiriendo evitar el triste espectáculo de las mulas esqueléticas y de las mujeres aún más flacas, que arrastraban sus animales hacia los mercados ambulantes, a lo largo del camino (p. 215).

A esta situación de opresión política y económica, se suman las referencias a la coacción social manifiestamente representada por «la verificación» de la que son objetos las jóvenes antes del matrimonio. Las referencias a esta práctica abundan, lo que nos pone ante una reiterada agresión de las madres hacia sus propias hijas (pp. 108, 110, 112, 152, 188, 190, 207-208, 230, 232, 242, 252).

La violencia pareciera ser la noción que se esconde tras estas prácticas, así como también su correlato: el miedo. En tanto lectores, no queremos pasar por alto la sensación de angustia que nos invadió durante

las páginas que recogen un viaje de retorno temporal a Haití, pues, junto con los personajes, añoramos su pronta partida. A nuestra manera de ver, la violencia y el sinsentido de muchas de las situaciones que se dan en la tierra natal, hacen que los personajes se sientan en el exilio en su propio país, prefiriendo vivir en el exterior. Tal vez este miedo fue el que empujó a Louise a vender un cochino, y así recoger el dinero que le faltaba para embarcarse, a pesar de los alertas de su amiga Atie, quien le recordaba los peligros de la travesía en balsa.

Michaelle Ascencio (2004) hace una importante reflexión sobre el miedo, cuando afirma que este sentimiento es una constante de la literatura haitiana, y marca una progresión, al señalar que así como en la narrativa tradicional el miedo era relacionado con realidades «inmediatas y vitales», como las «de la tiranía del hambre, de la brujería y de la explotación» (p. 46); en la actualidad:

[...] en las novelas del exilio, el miedo es el sentimiento que obliga a los personajes a huir: signo de peligro y de muerte, genera en los personajes un deseo equivalente de vivir, de sobrepasar ese sentimiento paralizante y aniquilador. Los recursos que los novelistas describen para contrarrestar este miedo, los esfuerzos y las astucias de sus personajes para dominarlo, constituyen, en nuestra opinión, los primeros fundamentos de una educación del sentimiento y de la voluntad en la novela haitiana (p. 46)⁴.

Aunque la mayor parte de las novelas del *corpus* que estudia Ascencio son de la década de los ochenta, estas observaciones son absolutamente válidas para *Breath, Eyes, Memory* (1994), la novela que estudiamos, en la que también se asoma un trabajo escritural encaminado hacia una «educación del sentimiento y de la voluntad» (p. 46) que venza el miedo. Este proceso de reflexión y aprendizaje será realizado por Sophie, narradora-personaje de la novela, quien con su partida de Haití hacia los Estados Unidos siendo aún una niña, podrá contrastar ambas sociedades y, a partir de esa doble percepción, emprender la búsqueda de un espacio propio.

⁴ El énfasis es nuestro.

EL EXILIO ¿MODUS VIVENDI?

El tema del exilio y la relación hombre-espacio han sido estudiados por diversas disciplinas –Medicina, Geografía, Psicología, Sociología y Política, entre otras–; no obstante, aquí vamos a privilegiar la observación de las imágenes que se desprenden de las percepciones de los personajes de *Breath, Eyes, Memory* (1994). Así, al detenernos en las miradas de los personajes haitianos y estadounidenses sobre ellos mismos, sobre los otros, hacia el país de origen y hacia el país receptor, podemos acercarnos, entre otras posibilidades, a las imágenes sobre la cultura del otro, sobre la alteridad, la identidad, la deculturación y la alienación cultural.

Para los haitianos que emigraron, tanto en Haití como en los Estados Unidos hay situaciones objetables; nos atrevemos a decir que hay un mayor rechazo hacia prácticas haitianas como el que el individuo esté signado por su origen, sin posibilidad de superación a pesar de los esfuerzos (estudio, trabajo) que pueda hacer, el que los hombres «esclavicen» a sus mujeres, la dura situación política y económica, la reiterada «verificación». Cuando se habla de Haití, Martine quiere olvidar y dejar el país (p. 192), no quiere volver (p. 217). Su renuencia a enfrentar sus miedos la conducirá al destino fatal al que ya aludimos –la muerte–, a diferencia de su hija Sophie, quien va a exorcizar sus fantasmas (su nacimiento a raíz de una violación y la pseudo-violación que le fue infligida por la rutinaria «verificación» de su madre), mediante un retorno a Haití en el que hallará respuestas que le permitirán luego, con ayuda médica, recuperar su salud mental y física (rechazo al acto sexual, anorexia y bulimia).

Por su parte, los haitianos locales observan a los haitianos que emigraron y señalan que, por lo general, éstos no quieren volver y cuando lo hacen se comportan como turistas. También se alude a que las muchachas parecieran enloquecer cuando dejan la isla, y aunque no se explícite en la novela, esta percepción se origina en las costumbres del país del Norte que ellas van incorporando en su vida cotidiana (comida rápida, aeróbicos...). Vale acotar aquí que los *marines* y la ocupación norteamericana de la década del veinte son también objeto de una valoración negativa. En contraste, cuando los haitianos miran desde

Haití hacia los Estados Unidos exaltan la grandeza de ese país, y reconocen que es el lugar de donde vienen las remesas de dinero que les permiten llevar una vida más holgada.

En cuanto a los haitianos que viven en los Estados Unidos, éstos también tienen una visual dual del país de acogida, por una parte refieren el racismo del que son objeto, y por la otra, reconocen que es un país de oportunidades donde el éxito viene dado por la formación y el trabajo, sin importar el origen social.

En la novela que estudiamos hay un tercer espacio, que representa el equilibrio y el punto de contacto entre los estadounidenses y los haitianos. Joseph es un músico norteamericano que conoce un poco el créole de su terruño –la Luisiana– y es amante de las comidas créoles, al igual que Sophie. Oigamos un diálogo:

— ¿De dónde eres? –le preguntó.

— Haití.

— Bueno. Nunca he ido. ¿Hablas créole?

— Oui, oui –le repondí a manera de broma.

— Güi, güi –repitió. Pero entonces, tenemos algo en común. Yo también hablo una especie de creole. Vengo de Luisiana. Mis padres consideran que forman parte de lo que allá llamamos créoles. ¿El mundo es realmente así tan pequeño?

— Yo asentí. El mundo era efectivamente pequeño (pp. 90-91).

Por otra parte, Joseph reivindica también su herencia africana lo que le permite manifestarle a Sophie otro punto en común entre ellos:

— Yo no soy americano –dijo. Soy afroamericano.

— ¿Cuál es la diferencia?

— En la parte africana. Eso quiere decir que tú y yo, ya somos parte el uno del otro (p. 93).

A partir de las referencias a África y de la lengua créole compartida, se dan las condiciones para el reconocimiento de puntos de contacto entre las culturas que cada personaje representa. Esto nos pone a las

puertas de lo que Edouard Glissant llama la Relación, que puede resumirse como un conocimiento compartido (1990: 20), el cual es ejemplificado en la novela a partir de la música, cuando en una conversación se señalan las similitudes entre los negro-espirituales (*spirituals*) y los cantos del vodú (p. 260).

El exilio que ha llevado a Sophie a vivir en los Estados Unidos le ha permitido estar en contacto con creencias y valores culturales diferentes, le ha dado la fuerza que requería para cuestionar algunas prácticas de su tierra de origen, y ha favorecido la aceptación de aspectos de su propia cultura. A partir de allí y del reconocimiento de las múltiples influencias que la han modelado Sophie se encamina, al final de la novela, hacia la redención. Su doble pertenencia (origen haitiano y residencia norteamericana) y la evaluación que ella hace de esa condición le permite cuestionar las tradiciones que le resultan inadecuadas, mantener aquéllas que la enriquecen, y proyectar el desarrollo de prácticas propias que le eviten a su hija –Brigitte– tener que enfrentarse con los fantasmas y el miedo que la acosaron a ella.

EL CAMINO DE LA ERRANCIA

Podemos afirmar, después de este breve recorrido, que el hilo conductor de *Breath, Eyes, Memory* (1994 / 1995) es un viaje sin retorno, un exilio, que se convierte en errancia, cuando el personaje principal, Sophie, se radica en los Estados Unidos y entra en contacto (en Relación) con otras prácticas, asumiendo una actitud crítica tanto hacia su cultura de origen como hacia su nuevo contexto vital. Sophie va a relativizar una serie de conceptos y a valorar lo que cada cultura le aporta para la construcción de su individualidad.

Es importante destacar aquí varios elementos abordados por Edouard Glissant en sus estudios de las culturas caribeñas, que encuentran ecos en la novela que analizamos. Por una parte, Glissant señala que «la palabra de la Relación es multilingüe» (2005: 31), tal como se observa en *Breath, Eyes, Memory* (1994) donde los personajes se expresan indistintamente en créole, en francés y en inglés. Esta perspectiva

integradora de las lenguas se halla en el origen mismo de esta novela de Edwidge Danticat –nacida en Haití, en 1969–, cuya versión original es en inglés con inclusión de expresiones en créole.

Además de la lengua, el territorio es otro elemento que adquiere una dimensión especial para Glissant, pues en la errancia ya no se habita en un espacio físico particular, sino en los espacios del recuerdo y del ensueño, que encuentran un arraigo particular en la memoria y en la imaginación. Aquí resulta de gran ayuda, la intervención de Gastón Bachelard, quien afirma que «(...) la casa natal está inscrita en nosotros. Es un grupo de costumbres orgánicas» (2000: 45). Estas costumbres son las que guían las manos de Sophie cuando prepara los platos que aprendió de su Tía Atie, quien a su vez los aprendió de su madre. Por otra parte, la casa natal también se construye en la imaginación que reúne a todas las mujeres de la familia Caco, allende las fronteras, en *«el lugar que Tante Atie llamaba Guinea. El lugar donde todas las mujeres de mi familia esperaban reunirse un día, al término de sus respectivos viajes»* (p. 212).

Estas nuevas valoraciones de Sophie hacia la lengua, el espacio y las creencias son prueba de que ha comenzado a tomar distancia y a enfrentarse consigo misma. A partir de allí se propondrá volver a su casa en los Estados Unidos, no someter a su hija a las prácticas tradicionales que la mantuvieron a ella en el terror y a buscar ayuda para recuperarse de los fantasmas que aún la acosaban, haciéndola odiar su cuerpo y todo lo relativo a la sexualidad.

Sophie logra definitivamente dar el salto y convertir el exilio al que la llevó su madre en una fuente de conocimiento sobre ella misma, lo que le permitirá vencer el miedo, la nostalgia y habitar su casa: «(...) repentinamente, comprendí que había alcanzado mi propia vida, entre mis cuatro paredes, con mi marido y mi hija. Allí yo era Sophie –la dueña de casa» (p. 237).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Corpus

DANTICAT, EDWIDGE (1994/1995). *Le Cri de l'oiseau rouge*. Traducción del inglés (USA) de Nicole Tisserand. Paris: Editions Pygmalion. Edición original: *Breath, Eyes, Memory*. New York: Soho Press, Inc, 1994.

General

ASCENCIO CHANCY, MICHAELLE (2004). *El viaje a la inversa (Reflexiones acerca del exilio en la narrativa antillana)*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades, Universidad Central de Venezuela.

BACHELARD, GASTÓN (2000). *La poética del espacio*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, Col. Breviarios, 183.

BEJAR, EDUARDO C. (1993). «Harlem todos los días: el exilio del nombre / el nombre del exilio» // En: *Revista Iberoamericana*. Pittsburg, v. LIX, n° 162-163 (ene-jun), pp. 329-343.

BOADAS, AURA MARINA (2000). «El exilio en la narrativa de Jacques Stephen Alexis». En: *Memoria, nostalgia y exilio*. Caracas: Asociación Venezolana de Estudios del Caribe, pp. 25-41.

DUANY, JORGE (1993). Tendencias recientes en la migración caribeña // En: *Nueva Sociedad*. — Caracas. — n° 127 (sep.-oct.), pp. 80-99.

GARRIDO, ALBERTO (1987). *Exilio, nostalgia y creación*. Mérida: Ediciones Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes.

GLISSANT, EDOUARD (1990). *Poétique de la Relation (Poétique III)*. París: Gallimard.

PANKOW, GISELA (1986). *L'Homme et son espace vécu*. Paris: Aubier.

ROSELLO, MIREILLE (1992). *Littérature et identité créole aux Antilles*. Paris: Karthala.

SOLANES, JOSÉ (1993). *Los nombres del exilio*. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana.

VÁZQUEZ, ANA (1980). Algunos problemas psicológicos de la situación del exilio // En: *Casa de las Américas*. La Habana. a. 20, n° 119 (mar-abr), pp. 137-143.